

TRES VARIACIONES SOBRE EL FIN DEL MUNDO

I

HASTIO DEL DEMIURGO

ESTABA el Demiurgo increado en el reino de Siempre-Nunca, cuando todavía no había inventado la sucesión de los números, ni por tanto, la música y el tiempo, ni tampoco la variedad de los colores y volúmenes.

Estaba el Demiurgo en el reino de Todo-Nada, cuando todavía no había fabricado la luz y las tinieblas, ni había decidido acompañar su soledad con las imaginaciones de su omnipotencia.

Estaba el Demiurgo en el reino de Lo Impronunciable, cuando aún no había decidido el espacio poblado de esferas y de vientos helados y ululantes.

Y entonces pensó que no era bueno estar solo, y que del Uno Confuso convenía extraer lo Vario Concreto, para que de este modo la menesterosidad de lo Relativo y Contingente hiciera resplandecer sin límites a lo Absoluto.

Y así es como diferenció con su Pensamiento nombres y figuras el Demiurgo, y brotaron soles y planetas, mares y montañas, nubes, piedras, animales y palabras. Y alcanzó el Demiurgo a pensar los pensamientos de los hombres. Y en todo ello se gozaba.

Mas ocurrió que el juego de sueños, todas cuyas complicaciones y posibilidades bien sabía el Demiurgo que no eran infinitas sino a los ojos de las



criaturas soñadas, se hizo denso y pesado a su propio Creador. Que, cansado de gobernar los frutos de su Pensamiento (contra lo que opinó una de las innumerables sombras salidas de éste; la sombra se llamó Parménides) decidió dejar de pensar por siempre jamás nombres y figuras de tal modo que lo que los individuos pensados habían tenido por real se tornó inexistente, y la Historia quedó borrada y anulada, y hasta su propio nombre se perdió disuelto en la Conciencia del Demiurgo.

I I

DE OMEGA A ALFA

En el principio era, porque así había de ser, el oscuro e indiferenciado oleaje, las misteriosas aguas increadas, el húmedo abismo que sobrecogió a egipcios y sumerios y que inspiró las palabras del Rigveda. Donde vagaban inexorablemente, como lo supieron el filósofo del muslo de oro y el Sutra del Vaisesika, sutiles átomos que las generaciones venideras llamarían de carbono. Los cuales, porque así y sólo así había de ser, maridaron con otras sustancias, erráticas también en lo Interminable, y con ellas trabaron fatalmente consorcios de moléculas.

De donde surgió, como debía de ocurrir, la existencia orgánica, que mutó a su vez según la ley, y, porque estaba escrito, se condensó y escindió, se oxidó y se redujo, padeció bajo el poder de hidrólisis y polimerizaciones. Así es que surgieron la mesmedad proteínica, los enjambres coloidales y el protoplasma, caput et fundamentum de cuanto vivo es. Y porque desde siempre, siempre, había de acaecer, fueron las criaturas de la Era Ezoica; y luego, dóciles al mandato inesquivable, emergieron puntuales algas, medusas y equinodermos; más tarde, plantas terráqueas y perplejos vertebrados marinos; después, helechos y licopodios, anfibios y reptiles; a su tiempo, las aves y fieras. Obediente a su ley interior, cristalizó la materia en figuras de reno, de elefante o de mono, mutó el primate en fictecántropo, y éste en hombre, cuyos prodigios asombraron a la ancha Naturaleza, de la que se enseñoreó. Creció el hombre tenso frente al hombre, su más fiero enemigo, multiplicando con esmero sus perfeccionadas artes de muerte. Cierta es que nacieron hombres de paz y de palabra, que levantaron columnas de lirios; pero también estaba escrito que serían arro-



llados por los constructores de máquinas letales, los adoradores de la velocidad. Inventaron los hombres artificios que les sobrepasaron, y entregados a la creación febril, olvidaron los campos y sus trigos, los ríos y sus aguas, abominaron de la palabra. Debía suceder y sucedió que los hombres sufrieron largos siglos de abatimiento, guerras continuas sin fundamento, misteriosas epidemias a las que no prevalecieron. Un odio sordo despertó en los hombres frente a sus propias obras, que les condujo a su destrucción sañuda. Unos pocos humanos, salvándose de las ruinas de los últimos buildings, lograron atravesar la jungla de vestigios mecánicos y replegarse a las cavernas. Fue más tarde cuando perdieron el uso de la palabra y, olvidando el arte de hacer fuego, descendieron al pitecántropo. Y porque así había de ocurrir, el pitecántropo se hizo mono, y más tarde desaparecieron fieras y algas; y todo regresó a sus orígenes. Al final, porque así había de ser, los átomos de carbono se encontraron vagando en la atmósfera estelar, en el indiferenciado oleaje oscuro, del que ya no hablaría un libro sagrado que nunca habría de escribirse.

I I I

ULTIMA CARTA DEL ULTIMO GOBERNADOR UNIVERSAL

En enero de 2033, un equipo científico constituido bajo mis auspicios sintetizó una nueva sustancia de efecto prodigioso, a la que yo mismo bauticé como "optimulina", que debidamente pulverizada en la atmósfera, actúa sobre las células cerebrales y los centros nerviosos eliminando de raíz y para siempre pulsiones agresivas y perversos humores, inamistades y envidias; todos, en fin, los movimientos e inducciones hacia el llamado mal.

Coordiné con eficaz premura —dispensad a quien se dispone a morir la inmodestia— organismos y acciones, de tal modo que en poco tiempo quedó erradicada del planeta la maldad.

Os confieso, seres de otros siglos y mundos que acaso me leáis, que fue grande mi estupor al advertir tempranamente las consecuencias inesperadas del invento. No sólo se extinguieron las desgraciadas acciones y omisiones que leyes de otro tiempo llamaron delitos y faltas, sino que se adquirió la certeza de que nunca jamás volverían a ocurrir. Policías, detectives y hasta guardias urbanos languidecieron en tediosa pasividad, pre-



cursora de la liquidación de sus oficios. Los actos y negocios de los hombres pasaron a conformarse a una ley no escrita de cordura por todos aceptada con limpio ánimo. De donde se siguió la supresión de riñas, mendacidades, pleitos y artimañas, pero también, y en no sospechable medida, la desaparición de industriosos quehaceres.

Fue aquí, señores, el finiquito estrepitoso de florecientes negocios de quizá no muy limpios orígenes y propósitos; fue también el acabamiento por supérflua de la Gran Máquina de Decir Justicia. Supérflua, bien se ve, al hallarse acordadas todas las inclinaciones al logro del bien general.

Desaparecidas vanidad y codicia, y con ellas el ánimo de imperio, ninguno quiere ya ser señor de otro; nadie, pues, obedece ni manda. Entended que yo —el único en la tierra que mantengo mi natural antiguo, no sé por qué íntima deliberación— me sienta impotente ante la avasalladora expansión de los nuevos modos y sus consecuencias.

Nadie ha vuelto a ocuparse, con pincel, buril o pluma, de las desmedidas pasiones del hombre viejo. Nada dicen a quienes viven este tiempo de hoy las tribulaciones del doctor Fausto o la duda del príncipe dinamarqués entre "sufrir en el ánimo los tiros y flechazos de la insultante fortuna o alzarse en armas contra un mar de agitaciones".

Aún más: ha hecho la sincera humildad de corazón que ningún hombre ose elevarse a maestro de otro hombre. Nunca hubiera pensado, ay pobre de mí, que el amor a la verdad más puro hubiera de llevar, como lo ha hecho, al silencio completo de opiniones y doctrinas. Veo con tristeza las cerradas puertas de Escuelas, Academias y Bibliotecas, por cuyos muros descuidados trepan ramos silvestres y se solean sabandijas furtivas. Contemplo desde mi sumo observatorio olvidados bustos de bronce de filósofos y poetas, que a nadie importan.

Libre el ejercicio del sexo de su pesado manto milenario de culpa, multiplíquese sin cuidado ni tasa la población del universo mundo. Nadie, por otra parte, se afana en ordenar la vida de estas inmensas muchedumbres, despegadas de la procura de necesarios bienes. Sólo yo sé —y si todo conocimiento da dolor, éste, no compartido, lacera con congojas de muerte— que bien pronto no habrá recursos para la subsistencia, agotados ha tiempo los frutos penosamente acumulados en la edad en que los hombres no eran buenos y sufrían severa disciplina. No trajo, ay, virtud riqueza.

Los que la presente leyeren: sabed cuán grande es mi pesar y el tamaño de mi impotencia. Qué intolerable me resulta la visión de este mundo



que, por mi equivocado buen deseo, se desmorona ahora sin remedio. Comprended, mis señores, que no soporto mi sufrir ni el de ellos. ¿Qué haríais vosotros teniendo, como yo de él dispongo, el poder de extinguir penas y vidas?

Siento por mí, en el momento de la decisión suprema, augusta compasión. Sabed, señores, que de mis ojos mana un llanto que no se contiene. Pero basta ya de cháchara; ahora, a apretar el pequeño botón azul, tan inocente, y poner fin a tanta cuita.

